

PALABRAS DEL SEÑOR CARDENAL JAIME ORTEGA ALAMINO,
PARA LA REVISTA «SIMIENTE»

Santa Clara, febrero de 1999

Conocí a Monseñor Fernando Prego cuando él era párroco de Alquizar y acababa yo de ser ordenado sacerdote. Fui nombrado vicario cooperador en Cárdenas y el Padre Naranjo, que era entonces el párroco, me invitó a visitar Alquizar y seguir viaje después, con el Padre Prego, hasta la diócesis de Pinar del Río, a la parroquia de San Juan y Martínez, donde Monseñor Siro era en ese momento párroco. El Padre Siro y el Padre Prego eran grandes amigos desde el Seminario.

Desde que llegué a Alquizar me impresionó la extraordinaria simpatía de aquel cura grande de cuerpo y alma. Conocimos allí la vitalidad de su parroquia, su grupo de jóvenes y el inmenso trabajo que desplegaba no solo allí, sino en otras parroquias que tenía confiadas a su cuidado pastoral. Siempre, años más tarde, me acordaba de aquella deliciosa reunión en San Juan y Martínez, alrededor de una sabrosa mesa pinareña que nos preparó la buena mamá del Padre Siro y recordaba sobre todo estos ratos felices sentado alrededor de otra mesa, colmada de papeles y de preocupaciones, donde Cristo Buen Pastor quiso reunirnos muchas veces a Monseñor Prego, a Monseñor Siro y a mí convertidos los tres en obispos de esta Iglesia que peregrina en Cuba.

Pero si los platos criollos eran sustituidos ahora por papeles, la simpatía de Mons. Prego no había sufrido variación ninguna. Simpatía inteligente y bien encauzada, que sabía manejar admirablemente en situaciones de tensión, diciendo con sensatez y sentido común qué es lo posible, lo justo y preciso en un momento de la vida de la Iglesia.

Como miembro de la Conferencia Episcopal y como presidente de la misma por varios períodos, siempre aprecié la claridad y la moderación de Mons. Prego, su actitud de pastor que ante todo guardaba el rebaño, aunque fuera con un alto costo personal. Así lo fue hasta en su testamento espiritual: no pretendió nunca deslumbrar, sino cuidar bien del rebaño que el Señor le había confiado. Celoso en la guía de su Iglesia diocesana mantuvo su solicitud pastoral hacia toda la Iglesia que peregrina en Cuba.

Su estado de salud no logró arrancarle nunca su pasión por su ministerio pastoral, disimulaba sus males, y, si era necesario por el Reino de Dios, no dudaba en exhibirlos, así con humildad y entrega guió hasta el último suspiro al pueblo de Dios en Villa Clara. Su pueblo correspondió con amor al amor que su Pastor le profesaba. Cuando venía a La Habana, siendo él un habanero que dejó una estela de cariño en sus antiguas parroquias de esta diócesis, me decía: cuando llevo uno o dos días aquí me entran deseos de ir para Santa Clara y cuando estoy llegando allá siempre siento alegría. Esa alegría es ahora plena para ti, querido Padre Prego, en la Casa del Padre. Desde allí ya sin nostalgia, puedes mirar a tu diócesis de Santa Clara y a la Iglesia toda de Cuba y pedir para tus hermanos obispos a Cristo, Buen Pastor, sensatez, paciencia y alegría en la conducción del rebaño que Él nos confió.